



Las memorias de Hugo

(el chancho de tierra)



Me llamo Hugo, soy un porcellio laevis latreille, más conocido como chanchito de tierra. Vivo al lado de la raíz de un árbol. Me levanto todas las mañanas cuando sale el sol, y cuando este se pone me voy a acostar.

En resumen, soy un bicho corriente con problemas corrientes. O lo era, hasta que conocí a Paty, la mariposa, única y verdadera protagonista de esta historia.

Todo fue más o menos así.



El encuentro

Como soy un chanco de tierra, generalmente cuando camino no miro hacia el cielo, sino hacia la tierra. Pero ese día hacía mucho calor y Paty, que —debo decirlo— es muy vanidosa, había decidido salir a mostrar sus alas de colores que, como me contó más tarde «con el sol se ven mucho más brillantes».

De tanto volar para lucir sus alas se cansó y le dio sed.

Alguien que al parecer también había sentido los efectos del sol, había estado jugando a mojarse con una manguera y formó un par charcos cerca de mi árbol o, mejor dicho, mi raíz.

Yo caminaba por ahí cerca (los chanchos de tierra somos un poco flojos, sobre todo los días de calor) y entonces la vi. «¡Guaaaaau, qué alas!», pensé.

Era una chica hermosa, la más colorida que había visto nunca y mi corazón de chanco de tierra por poco se sale de mi caparazón.

Tampoco es que conozca a muchos bichos; tal vez por eso me asombré tanto al ver a Paty, que no se parecía en nada a las chanchas de tierra que había conocido.

A pesar de que mi voz apenas se escuchaba, era una voz que salía de mi corazón de chanco de tierra que, por primera vez, era un corazón enamorado.

—Hola —le dije.

Paty, que repito, era una chica vanidosa, se dio vuelta lentamente, movió sus pestañas, me miró y, como si hubiera que

pagar por las palabras que uno dice, solo me regaló un movimiento de cabeza, es decir, no me dirigió la palabra.

—Hola —volví a decir.

A lo que Paty contestó:

—Las mariposas como yo no hablan con chanchos de tierra como tú. Además, ¿no ves que estoy tomando agua?

Era la imagen más hermosa que había visto en mi tierrosa vida.

Paty tenía muchas virtudes: era hermosa, volaba y, por lo tanto, podía ver las cosas desde otra perspectiva (era una chica de mundo), pero la simpatía no era lo suyo.

—¿Entonces, puedo mirar cómo tomas agua? —le pregunté. Debo recordarles que a pesar de su mal trato, al que con los días

me iría acostumbrando, yo ya estaba profundamente enamorado y, como lo comprobarán, no había vuelta atrás.

—Bueno —me dijo malhumorada.

Me imaginé que para ella no debía ser ninguna novedad que la miraran porque sus alas eran realmente como las de una actriz de cine. La verdad es que nunca he ido al cine, pero Luis el grillo, que sabe muchas cosas, me contó de qué se trataba eso del cine.

Me imagino que las actrices tienen unas alas como las de Paty, si no los humanos no gastarían su dinero en sentarse frente a esas enormes pantallas.

Pero volvamos a la historia.

Ese día Paty terminó de beber, se arregló un poco las alas y salió volando. Ni siquiera un «chao» de despedida me regaló después de esos siete minutos en que,

como un perro mirando la luna, la estuve observando.

Los chanchos de tierra solo vivimos algunos días, así que siete minutos es mucho tiempo. Pero a Paty ese tipo de reflexiones profundas sobre el tiempo y el espacio escasamente le interesaban.

Los días pasaban y yo no podía pensar en otra cosa. A pesar de mi flojera me di vueltas, literalmente, ya que los chanchos de tierra tenemos cierta facilidad para convertirnos en bolitas y rodar por cualquier lugar.



Así fue como localicé la casa de Paty. Obviamente no era una raíz como la mía, sino un hermoso girasol.

Cada vez que salía, me topaba con ella como por casualidad y la saludaba. A veces respondía y a veces no, pero esos días en que la escuchaba decirme «hola», el sol me parecía más brillante.

Pasaron los días y Paty y yo nos fuimos haciendo amigos, o, para ser más franco, conocidos, que no es lo mismo que amigos, pero que para este caso ya era bastante.

De todas maneras conversábamos. Como ya les había contado, a Paty los temas

profundos no le interesaban, así que hablábamos de cosas como la rosa que estaba a punto de florecer, el polen de margarita que hacía que sus alas se perfumaran. En fin, temas de mariposa.

—Me gusta salir a volar bien temprano en la mañana.

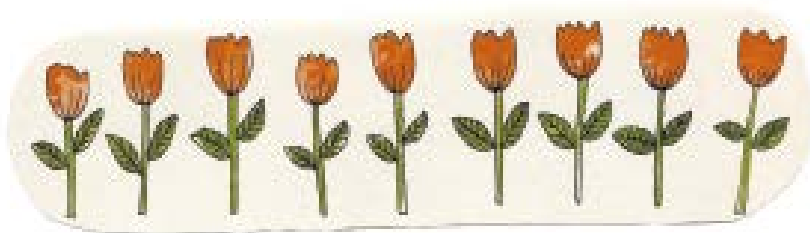
—¿Por qué Paty?

—Porque con el rocío se forman espejos y puedo ver mis alas en toda su plenitud.

—Tus alas son muy hermosas, pero nunca me había dado cuenta de que se formaban espejos por las mañanas —trataba de hablar como poeta para impresionarla.

—Bueno, no creo que te importe.

—¿Por qué, Paty? —esa pregunta yo la repetía a menudo, porque cuando a Paty le interesaba un tema, solo le importaba su opinión al respecto. Ya estaba conociendo su carácter y, al contrario de lo que ustedes puedan pensar, mientras más la conocía



más me enamoraba de ella. Todos tenemos algún defecto, pensaba... Pero volvamos a la pregunta.

—Porque uno se mira en un espejo cuando tiene algo que ver y tú no tienes colores... Eres un simple chanco de tierra.

«Un simple chanco de tierra», en eso terminaban todas nuestras conversaciones. Y ella —como lo repetía hasta el cansancio— era una mariposa.

Es cierto, soy un chanco de tierra y nada se puede hacer contra la naturaleza. Luego de sentir como si un nudo se apretara al interior de mi cuerpo, una idea iluminó mi mente: «Soy un chanco de tierra, pero no CUALQUIER chanco de tierra. Se lo demostraré a Paty».

Luego de llegar a esta conclusión me sentía mejor, pero como suele pasar en estos casos, estaba desorientado. Necesitaba un buen consejo así que me fui a la

casa de Luis, el grillo, pensando en todo lo que uno es capaz de hacer por una mariposa.